

sujeta á la más estrecha vigilancia de propios y de extraños, de superiores y de émulos; y porque en su canto expresó inocentes afectos de amistad, ataviados con las galas de dicción que en los clásicos había aprendido, y con una ternura que nada tenía de vedado, ¡hé aquí que se supone al corazón de la poetisa inflamado de amor terreno, que persevera y se enciende más y más á pesar de las rejas del claustro y de los votos irrevocables! Muere el esposo de una amiga de SOR JUANA, y ésta, identificándose con la desolada viuda, entona una tierna elegía. ¡Es ella, es ella, clama la injusta crítica; es la religiosa, que para cantar amores imposibles se cubre con ajenas tocas de soñada viudez! Admira en dos ó tres autores griegos y latinos la gracia con que pintan una cadena de amores no correspondidos; ve que revistiendo esos antiguos epigramas con el traje español, y adornándolos con unos cuantos *concepts* al estilo de Góngora, resultarán hermosas piezas, y hace que broten de su pluma tres bellos, aunque cultos, sonetos, de que se ha apoderado la censura moderna. ¡Ved, dice, una prueba de que el corazón de la monja estaba atormentado por tenaz y mal correspondida pasión! ¡Ved una prueba del estado violento en que se hallaba la religiosa, atada por vínculos que anhelaba romper! ¡Claustro funesto que ahogó su genio; siglo bendito que rompió los hierros que aprisionan el talento!

¡Bendito mil veces el claustro, debiéramos clamar, en cuyo apacible recinto se formó el talento de SOR JUANA, sin cuyas rejas no habríamos podido escuchar los acordes de su lira, que habrían ahogado las faenas domésticas y la prosa de la vida conyugal! ¡Bendito el siglo XIX

que, ya desengañado, vuelve á levantar en los países cultos los derribados monasterios, y restablece los hierros que custodian la libertad del ingenio, de la conciencia, del corazón! Para juzgar, Señores, á la poetisa y á la monja, es menester haber tratado á fondo mujeres de talento superior, y saber lo que es el interior de un monasterio. Difícil es que se reunan ambos conocimientos, y hé aquí por qué las opiniones sobre SOR JUANA han resultado casi siempre tan contrarias á la verdad. ¡No, no la compadezcáis, amigos ó enemigos del catolicismo! Bien obró cortando ante el altar de Dios, y para siempre, el cabello que en su niñez cortaba periódicamente ante las aras del saber. ¿Qué habría sido de ella en poder de un esposo terreno? Bien hizo en escuchar la voz del Señor, que á sí propio la destinaba, y bien hizo en pulsar la lira que le concedió el Supremo Creador. Y no extrañéis que de cuando en cuando entonara cantos profanos. Un arco no puede siempre estar tendido, según el antiguo y vulgar axioma: el marinero siente con frecuencia la necesidad de pasearse en tierra firme, y el montañés ha menester, de vez en cuando, de un viaje de mar. El incrédulo y el libertino prorrumpen á veces en cantos religiosos, y el que está entregado á la oración y á los estudios serios tiene necesidad de recrearse con algo de diverso género, para que descanse su entendimiento y cobre nuevas fuerzas para las espirituales batallas. No vituperéis, pues, á la esposa de Jesucristo por haber escrito una que otra comedia profana, alguna sátira, algunos himnos no por cierto sagrados. Prueba la intención pura que en todo la animaba el heroísmo con que hizo pedazos su cítara, á una leve indicación del Obis-



po de la Puebla. A la manera que no há muchos años se sintió cansado nuestro Heredia, y dijo de sí mismo:

Sobrado tiempo con dorada lira  
Canté de juventud las ilusiones;

y remontándose, aunque con errado vuelo, á regiones que antes no había recorrido, entonó á la religión una oda sonora: de igual suerte el ilustre Prelado Santa Cruz, queriendo ver florecer otra Santa Teresa en suelo mexicano, escribía á la poetisa: “No es poco el tiempo que ha empleado Vmd. en estas ciencias curiosas: pase ya como el gran Boecio á las provechosas . . . . . Lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata á las rastreras noticias de la tierra, que no desée penetrar lo que pasa en el cielo.” ¿No os recuerda esta carta, Señores, las que dirigía Jovellanos á Meléndez Valdés y al maestro González, excitándolos á elegir asuntos más elevados para sus versos y su prosa? Y sin embargo, nadie ha acusado al magistrado español de haber cortado el vuelo á la musa del tierno *Batilo* ó del dulcísimo *Delio*, mientras que han llovido invectivas sobre el Pastor Ángelopolitano. ¡Oh injusticia humana! No son los buenos consejos de un santo prelado los que cortan las alas del entendimiento. ¿Sabéis quién sofoca de veras el ingenio, quién ahoga el talento, quién hace huir despavoridas á las musas? Esa crítica mordaz y calumniadora, que descubre malicia en las composiciones más inocentes, que declara liviandad la ternura, amor vedado la amistad, pasión desenfrenada los más santos afectos.

La calumnia y la envidia habían ya herido á SOR JUANA en lo más vivo, cuando escribía al mismo Obispo de la Puebla: “Cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido; ha de estar también lastimado y maltratado: cabeza que es erario de sabiduría, no espere otra cosa que corona de espinas.”<sup>1</sup> El Señor de esta suerte le allanó el camino al sacrificio, é hizo que con gusto prescindiera la cantora de sus más gratas ocupaciones para consagrarse tan sólo á la penitencia y la oración. No paró aquí el heroísmo de la insigne mujer. Supo hacer dulce la misma muerte, buscándola en las aras de la caridad, y bebiéndola de los labios infectados de sus hermanas, á quienes asistió con admirable abnegación en la peste que á ella también condujo al sepulcro. ¡Aún no contaba nueve lustros! Dios habrá premiado á la santa religiosa. ¡Haga el mundo justicia á la cristiana, á la monja, á la poetisa!

Fresco aún su cadáver, pronunciaba su elogio uno de nuestros más preclaros ingenios. Poeta, filósofo, matemático, historiador, anticuario y crítico, DON CARLOS DE SIGUENZA Y GÓNGORA, nació en México á mediados del siglo XVII, y muerto en 1700, es el último de los que en esa centuria cultivaron las letras en nuestro suelo. Temo, Señores, que mi discurso empiece á cansaros, y habiéndome detenido, aunque no tanto como el asunto requiere, en dibujaros las colosales figuras de ALARCÓN, BALBUENA y SOR JUANA, apenas haré pasar rápidamente, como sombras, las imágenes de los demás escritores que florecieron en México durante la dominación española.

<sup>1</sup> Sor Juana Inés de la Cruz. Respuesta á la *Carta Atenagórica* del Obispo de Puebla.



¡Y lo siento en verdad! porque es grande la figura de ESLAVA; grandes las de ABAD y CLAVIGERO; grande la que ya antes bosquejé del Padre ALEGRE, teólogo, poeta é historiador. Desearía consagrar algunas líneas al filósofo GUEVARA, de quien se envanecen justamente la Compañía de Jesús y mi ciudad natal. ¡Cuánto me agradecería recordar al Padre PARRA, en este mismo púlpito en que el docto jesuita acostumbraba predicar esas pláticas y recitar esos ejemplos, que cuando niños nos deleitan y aterrorizan, cuando grandes nos admiran é instruyen! Desearía siquiera tejer tu elogio, ¡oh gran BERISTAIN! con las propias hojas del árbol fecundo de tu erudición, recitando los nombres de los tres mil autores hispano-mexicanos cuya historia trazaste; pero ya es imposible, porque los tiempos modernos reclaman mi atención.

---

## II

Vosotros mejor que yo, Señores Académicos, sabéis que al emanciparse México de la Madre Patria, no faltó quien quisiera romper todos los vínculos y renegar de todas las tradiciones que nos ligaban á nuestro pasado. Nadie, empero, pretendió jamás, ni podía pretender, trocar nuestro idioma español por alguno de los dialectos indígenas ó por otra lengua extranjera. Se aspiró, sí, á modificarlo, á formar una literatura especial, á revestir nuestras letras con un traje de nueva forma y exclusivamente mexicano; pero estos esfuerzos sirvieron sólo para probar con los hechos la verdad del axioma asentado en ocasión semejante á la que hoy nos congrega, y delante de la Academia Española, por ilustre orador contemporáneo: *si el estilo es el hombre, la lengua es la nación.*

En efecto, parece que el idioma español, del uno y del otro lado del Atlántico, se niega á expresar sonidos que no sean ortodoxos, y no puede plegarse á los ecos de la impiedad. Una que otra ligera tentativa que en este sentido se ha hecho en nuestro suelo, ha producido resultados tan tristes, ha sido para sus autores tan perniciosa, que ó ellos mismos cambiaron de rumbo, ó su memoria, como dice la Escritura, pereció al mismo tiempo que se perdieron en el aire los ecos de su lengua: *perit memo-*



*ria eorum cum sonitu.*<sup>1</sup> Aún no ha pasado la generación que los vió nacer y vegetar, y ya el olvido más completo ha sepultado sus funestos ensayos, al grado que si quisiera hoy evocar su memoria, trabajo tendría para desenterrar sus nombres y sus escritos; y ellos mismos, al oirse llamar á juicio en este templo, huirían espantados, y nos volverían las espaldas como la sombra de la culpable Dido al llamamiento del piadoso Eneas.

Por el contrario, al abrir los libros mexicanos que en ambos continentes son ahora leídos y admirados; que son vistos con aprecio aun por los adversarios de sus autores, en religión ó en política, y con veneración por los que profesan los mismos principios; al recorrer sus páginas y compararlas con las del *Libro de la Vida* y con las producciones de los inmortales ingenios que en la Nueva y la Vieja España florecieron en los mejores siglos de nuestras letras, he encontrado tal pureza de doctrinas, tal solidez de juicio, tal moralidad de ideas, tal elegancia de dicción, que no he podido menos de repetir con el orador antes citado: *si el estilo es el hombre, la lengua es la nación.*

Sí: quien quiera immortalizarse escribiendo en el idioma de Cervantes, es fuerza que profese y que vierta las doctrinas de Teresa de Jesús y de Luis de León; de otra manera sepa que se condena á eterno olvido, y que las generaciones venideras no proferirán su oscuro nombre ni aun para maldecirlo. Sí: mientras hablemos el idioma español, mientras cultivemos la lengua castellana, es imposible romper con las tradiciones y el pasado, y no hay peligro, por consiguiente, de que se pierdan en Méxi-

<sup>1</sup> Psalm. IX, 7.

co la religión ni la piedad. Pocos nombres, Señores, puedo y basta citar; pocos libros me permite abrir delante de vosotros vuestra paciencia ya demasiado probada; pero estos nombres y estos libros, caros por mil títulos á mí y á mi auditorio, demostrarán suficientemente la verdad de un aserto, que á uno que otro quizás habrá parecido atrevido.

No os estremezcáis, por vida vuestra, al oirme evocar antes que todos, la memoria ilustre del esclarecido DON LUCAS ALAMÁN. La tempestad que en torno suyo se agitó durante su vida no está todavía completamente calmada; pero ya no son tan altas las olas de la calumnia, ni tan recio el soplo del contrario viento de la indignación y el enojo, que impidan á un espíritu que se eleve sobre el nivel del vulgo, el juzgar desapasionadamente su célebre figura. Sobre todo, Señores, no vamos á examinar al político, sino al cristiano y verídico historiador, al elegante escritor y al filósofo, que pudo engañarse en sus juicios, y que en realidad se engañó en no pocas de sus predicciones; que pudo errar, y erró en la narración de uno que otro suceso; pero que ni faltó voluntariamente á la verdad histórica, ni dejó de rectificar los hechos que se le señalaron como adulterados.

Permitidme que os presente el retrato que el gran historiador hizo de sí mismo, aplicándose las palabras del célebre orador inglés:

“La única recomendación que puedo hacer de mis opiniones es la larga observación que me ha conducido á formarlas, y la mucha imparcialidad con que las he manifestado: ellas son las de un hombre que no ha servido de instrumento al poderoso, ni ha sido adulator del



grande, y que en sus últimas acciones no desmentirá el tenor de toda su vida; en cuyo pecho ningún odio verdadero ó vehemente se ha encendido jamás, sino contra lo que ha considerado como tiranía; que aspira poco á honores, distinciones y emolumentos, y que no los espera en manera alguna; que no mira con desprecio la fama, pero que tampoco teme la maledicencia; que evita las disputas sin dejar por esto de aventurar sus opiniones; que quiere ser consecuente á sus principios, pero que quiere serlo variando los medios para asegurar el fin, y que cuando el equilibrio del bajel en que navega corre riesgo por cargarse todo el peso á un costado, está dispuesto á llevar el pequeño lastre de sus razones al punto que convenga para conservar ese equilibrio.”<sup>1</sup>

Los que lo conocisteis, Señores, podéis dar testimonio de la fidelidad de la pintura. Recordad que hallándose en la mitad de su cuarto lustro lo sorprendió el primer grito de independencia, y corrió grave riesgo de ser inmolado por los que acababan de lanzarlo; que fué testigo presencial de los luctuosos acontecimientos de aquella época, y que la terrible impresión que dejaron en su ánimo jamás se borró en su larga carrera. No extrañéis, por tanto, el que tan severamente haya condenado á ciertos personajes y ciertos acontecimientos.

“He pintado á los hombres tales como los he conocido, y referido las cosas como he visto que pasaron. No he presentado, por lo mismo, colosos, como algún otro escritor lo ha hecho en estos días, porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria, ni he atribuido á grandes y profundas miras, sucesos que se ex-

<sup>1</sup> Edmundo Burke, citado por Alamán en el tomo V de su *Historia de México*.

plican naturalmente por otros contemporáneos, y que no sólo no presentan nada de heróico, sino que más bien fueron originados en causas poco nobles.”<sup>1</sup>

Si hubiera vivido lo bastante para ver el trono derribado en España, y proclamados allí y en casi toda Europa los propios principios que entre nosotros; si hubiera oído el grito de *Dios, Patria y Rey*, lanzado en las montañas de Vizcaya por un grupo no más numeroso que los caudillos de Dolores; si la vida le hubiera alcanzado para ver á la Cruz sagrada de Saboya cobijando á los sacrílegos invasores del Patrimonio de San Pedro, ni más ni menos que el estandarte de la Virgen de Guadalupe cubría con su sombra á nuestros insurgentes; si le hubieran llegado los ayes lanzados por las víctimas de los comunales de París y de los cantonalistas de Cartagena, y las quejas de los polacos y turcos inmolados por el moscovita en nombre de Cristo; decidme, Señores, ¿habría modificado algún tanto su modo de ver nuestras cosas, habría atenuado algo sus expresiones? Yo no lo sé, en verdad; pero sí me atrevo á afirmar que si tal hubiera sucedido, no habría vacilado en hacer las justas rectificaciones: porque su intento al escribir la historia moderna de México y sus disertaciones sobre la antigua, no fué hacer prevalecer determinada opinión, ni imponer á sus contrarios ciertos principios, sino proclamar la verdad, la verdad pura, la verdad sin adornos, tal como él la concebía y la miraba. ¿Se sonríe quizás alguno de mis oyentes? Escuche al mismo esclarecido autor:

*“Iter hujus sermonis quod sit vides: ad respublicas firmandas et ad stabiliendas vires, sanandos populos omnis nos-*

<sup>1</sup> Alamán, *Historia de México*, tomo V, pág. 6.